

—no tanto como la voluntad.—Ya sé yo que no es tiempo de héroes; que estamos en otro siglo; que las batallas son otras. Otras son, cierto; y sin embargo, son batallas. El influjo social se gana, ya que no vistiéndolo la cota, embrazando el escudo y blandiendo el hierro, luchando á cara descubierta y á pecho avante en las luchas que caracterizan y preocupan á cada época. Y hoy no se vestirá la cota ni se descargará fendientes; pero en países como Inglaterra, donde la aristocracia de sangre ha sabido mantener su poderío y su influjo, la milicia y la marina son las carreras predilectas de los nobles: nótese como, en cambio, entre nosotros se va perdiendo tal costumbre.

Nunca decae una clase, una categoría social, si ella misma no se prepara la decadencia. Así como es incalculable el ascendiente que podría ejercer un clero muy virtuoso y muy unido, incalculable sería el de una aristocracia firmemente convencida de que tiene una misión que cumplir y un alto papel que desempeñar. Tales eran los pensamientos que me asaltaban al asistir á la ceremonia del cruzamiento de un caballero de Alcántara, pocos días hace. La iglesia de las Calatravas hallábase semi-llena; la concurrencia era, en su mayoría, femenina, luciendo trajes de última moda, con anchas mangas japonesas, y sombreros caros, empenachados de plumas, de esos que se comen á la que los lleva y vuelan más allá de los hombros, con sus alas de paja de colores anilados. Los abanicos, movidos pausadamente, impulsaban ráfagas de perfumes suaves; el remangué de una falda, al arrodillarse su dueña, descubría calzados estrechos, con tacones Luis XV, y bajos delicados, de los que—¡oh galicismo!—*frustran* á cada movimiento ondulatorio. Y entre las dos zonas de *toilettes* y de caras, no diré bonitas todas, porque no sería verdad en conjunto, pero, en fin, adamadas, cercadas de un almohadón de pelo crespo y rizo; entre las siluetas que no desdecirían si algún caricaturista las apuntase con mordiente gracia en las páginas de un semanario de actualidad parisiense, se destacaba la doble y blanca fila de los caballeros de Alcántara, Calatrava y Montesa—los de Santiago son capítulo aparte,—envueltos en sus albos mantos, cubierta la cabeza con sus tocas y birretes de airosa pluma, y dejando apenas asomar la anacrónica nota de sus pies sobre los cuales recae el pantalón, y de sus manos que no calza el guante de ámbar, sino el moderno, comprado en alguna guantería y camisería que se llame *Old England*, *Nuevo siglo* ó *La Gardenia*...

Y los caballeros daban al neófito, calzada ya la espuela, la *acolada* fraternal; y los caballeros—pálidas y ascéticas cabezas dignas del pincel del Greco, morenas cabezas españolas, cuyo carácter descubría y realzaba el birrete, el manto, la *mise en scène* tenoríesca—eran, por un instante, y logrando con la fantasía suprimir la realidad, una reaparición de sus antepasados, los que cabalgaban para tener á raya al Sarraceno, ó reñían á estocadas en los tiempos felices, retiñendo de sangre las cruces bordadas en su ropilla. Todo esto, mientras duró la ceremonia. Hora y media después, nos ofrecía el neófito un *sandwich* para que lo mojásemos en una taza de té; pero al menos—dicho sea por vía de consuelo de nuestras añoranzas del pasado,—el neófito, el profesor ya, despojado de su manto y su birrete, vestía uniforme militar: única vestimenta que me parece compatible con ese grave y poético ceremonial, con esa bella melancolía de lo que murió y no pasa aún, con ese saludo profundo hecho por la doble fila de blancos fantasmas cruzados, al sonar bajo las bóvedas del templo el nombre del rey «nuestro señor», que es el emblema de la patria...

Sí, ya lo sé: no vuelven atrás los ríos. Nadie estará más convencido de tal verdad, incluida entre las de Pero Grullo. Ni siquiera—á pesar de toda mi predilección por las edades estéticas—desearía yo que el tiempo recorriese, como en cierta zarzuelilla, su marcha hacia atrás; lo único que me produce esa especial tristeza de la contemplación y del recuerdo, es comprender que tales formulismos, que hoy no son otra cosa, fueron raíces y tronco de energías, que en vano buscaríamos actualmente. Ni se hace lo que entonces se hizo, ni se hacen otras cosas. O mejor dicho, hace cada cual, sin fin social ninguno, lo que su capricho le dicta, y su capricho suele dictar á los poderosos que consuman el tiempo en ocio estéril, en disolución vergonzosa, en vanidad pueril ó en infantilismos de deporte: porque el deporte es pueril y baldío cuando no llena el objeto de prepa-

rar el cuerpo y ejercitarlo para otros empeños más graves, y se limita á juego no tan divertido como el de las cuatro esquinas ó el cucharón.

Ni aun al contraer los lazos que fundan la familia suelen acordarse los grandes aristócratas de lo que significa un nombre. Ejemplos sobrarían, y están en la memoria de todos: recordaré uno, porque la prensa lo ha comentado recientemente, y la publicidad lo entrega al comentario, pues los asuntos en tela de juicio ya no pertenecen al sacro fuero de la vida privada. Incoado está el expediente de divorcio entre un aristócrata de lo más calificado, como que lleva en las venas sangre de la primer familia de dos ó tres naciones, y su esposa, cuya historia antigua parece que podía competir con la de Manón Lescaut, Margarita Gautier, Naná y otras célebres heroínas de novela. Sin llegar á tal extremo—y no es infrecuente que se llegue,—hay numerosos enlaces que un verdadero sentido social reprueba. Las ideas que estoy exponiendo riñen con las bellamente defendidas por D. Benito Pérez Galdós en *La de San Quintín*. ¡Qué hacer! La tesis de Galdós no ha logrado persuadirme.

Ninguna redención espero de que las duquesas incurran en *mesalianzas*, y á decir verdad, tampoco es muy trascendental el que una duquesa se case ó no con arreglo á su categoría, por aquello de que una mosca no hace verano, y á fuer de imparcial, debo añadir que el hecho no es insólito, y se hallan ejemplares de él en los siglos donde no lo sospechábamos. Y si no, ahí está, para no dejarme mentir, el famoso *Tizón*, ese donoso libelo contra la nobleza, escrito por un cardenal para presentárselo á un rey... ¡y qué rey! Nada menos que Felipe II...

Fué este *Tizón* reimpresso hacia 1849 por un excelente señor, que se propuso demostrar, en vindicación de las clases productoras, que nobles y plebeyos proceden igualmente del primer hombre de la creación, que todos los apellidos se reducen á uno solo, y que todos han de perecer y acabarse, cuando se acabe el mundo: inconcusas máximas que nadie seguramente habrá discutido, como tampoco sería acertado negar lo que el mismo reimpressor afirma solemnemente: á saber, que nunca fué la virtud patrimonio exclusivo de los ricos. Nada de esto, sin embargo, le importaba un pitoche al cardenal Mendoza, el cual sólo quería vengar un desaire que se había hecho á su estirpe, y para conseguirlo arremetió contra muchos familias señaladas, sacando á relucir lindezas y tizonazos, procedencia de judíos conversos y almorjafes, albañiles y mozas *espulga manteles* en los linajes más claros de Castilla; encontrándoles á los duques de Braganza la abuela hija de un zapatero renegado; al conde de Andrade, la abuela tendera; á los Portocarreros, la abuela de bajísimo linaje; á los Enriquez y Barrientos, la abuela esclava, y á otros muchos apellidos no menos claros y magníficos, las abuelas penitenciadas por la Inquisición, bastardas, mulatas, que habían sido sacadas á la vergüenza con sambenitos y corozas, y por último, como dice con gracioso menosprecio el terrible cardenal, las abuelas *fulanas*..., vocablo que contiene todo cuanto puede contener un vocablo, para expresar familiar y fuertemente el colmo de la desdenosa insolencia...

Y con esta digresión me he dejado atrás al marqués de la Vega de Armijo, cuya memoria será grata siempre para mí, y de quien recibí afectuosas señales de amistad... Era el socio más antiguo del Ateneo de Madrid, presidente de la Academia de la Historia, y no sé si también de la de Ciencias morales y políticas. Era hombre de sano corazón, de vivo carácter, de trato franco y sencillo, de excelente humor en la intimidad, y en suma, nacido para hacerse querer bien de los que le viesan de cerca. No parecía viejo, porque tenía el alma joven. Paz á su recuerdo.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El marqués de la Vega de Armijo, que acaba de morir, que pasaba de los ochenta años y que durante toda su larga vida intervino en la política española, lleva ciertamente mucho que contar—si aplicable fuese este modismo—á su tumba silenciosa y romántica del castillo de Mos, castillo legendario en Galicia, y que el marqués restauró con interés y cariño de arqueólogo, con respeto religioso al pasado.

De la larga existencia del ilustre prócer, este episodio de la restauración de un castillo que evoca recuerdos de historia y de raza, es tal vez lo que encuentro más simpático y loable. Puede discutirse mucho, y de modo cruelmente analítico, no sólo la Unión liberal, sino las diferentes situaciones á que sucesivamente perteneció el marqués; pero á la vieja mansión de Pedro Madruga de Sotomayor no se la discute, y menos aún ocurrirá discutir que los magnates están obligados por mil consideraciones de decoro y hasta por el sencillo instinto de conservación, á no dejar que se vengán al suelo los restos y reliquias del ayer, gracias al cual son ellos algo todavía superior y distinto, en medio de la nivelación democrática de los tiempos presentes.

Se ha deplorado mucho, en efecto, la barbarie demolidora, el ímpetu ciego del pueblo que ocasionalmente ha destruido; pero ¿quién contará los estragos de la incuria y el abandono, cien veces más temibles? ¿Quién, los de ese indiferentismo glacial y estúpido, que deja perder y borrarse la tradición, simbolizada quizás por unas cuantas piedras? ¿Quién no encontrará hasta natural que el pueblo, en su cólera, arrase, y en cambio, no mirará como caso monstruoso, aunque tan usual, por desgracia, que los interesados en conservar tiren á la calle y den con el pie á lo que debieran venerar por sagrado, aunque sólo les inspire tal veneración el egoísmo y la conveniencia propia?

Y ¡qué fútiles ansias distraen de la conservación de sus glorias patrimoniales á muchísimos de nuestros grandes señores! El uno sólo piensa en automóviles ó jacas de polo; la otra vive pendiente del ping y el trapo; aquél se consagra en alma y cuerpo á la devoción de alguna Diosa... eventual; éste cree poner una pica en Flandes con militar dócilmente en las filas de un partido, donde se ignora su presencia como se ignoraría su ausencia. Entre viajes sin objeto ó con un objeto de puro *esnobismo*; diversiones de tercer orden elevadas á la categoría de importantísimos negocios; juego, galantería, *sport* y *confort* (dos pestes de la alta vida contemporánea), se desliza la existencia de los descendientes de aquellos que pelearon con moros, indios, franceses y flamencos, y no plantaron en sus fachadas blasón que no ganasen á punta de lanza ó á tajo de espada bien templada

LA
Escribir
ca, donde
birlas quier
y verdadera
memoria y
acontecimi
por todos,

Paréceme
motivo, el
la posterid
co, escrito
suscitar m
dos por u
vamente l
y cualidad
yoría de l
pano amer
preclaros
co, sino d
historia co

Sin aso
lento y la
venideros
No porqu
versas apr
su fuerza
podrán ni
en él á un
cerle, con
inimitable

En eso:
sentes, er
las mezu
mados y
de prensa
en sereno
lamentari
porque d
rias que s
ejercitará
dio, en su
por tales
definir. C
se verá su
que repre
paros que
en la psic
zables po
más escéj

Castela
noci ya e
con las p
piernas n
tes agud
nobleza é
cil de m
arte y de
palabra,
es cosa q
otra part
drina, qu
jestuoso
Cánovas
que otro
menos al